RESEÑAS

Slavoj Zizek, *La nueva lucha de clases. Los refugiados y el terror*, 2016, Madrid, Anagrama, Colección Argumentos, trad. de Damià Alou, 135 pp.

RECEPCIÓN: 16 de enero de 2017.

APROBACIÓN: 7 de marzo de 2017.

En su nuevo libro sobre los refugiados y el terror, Zizek vuelve a poner el dedo en la llaga de las contradicciones y tabúes que giran en torno al tema. Su ataque a los liberales de izquierda pretende que volvamos a hablar de la lucha de clases que ahora se perfila en el mundo. La causa de los conflictos que han desatado la ola de inmigrantes, las políticas fascistas contrarias a la inmigración y los populismos nacionalistas, se basan en el desconocimiento de que esa lucha de clases refleja los antagonismos actuales, que son propios de lo que podemos llamar el éxito del capitalismo global dentro de una dinámica de inclusión y exclusión.

De nuevo, Zizek usa las categorías de Lacan para analizar la dimensión del goce y la perversa transgresión de la culpa del llamado superyó, que es la instancia de la ley, para explicar que detrás del sentimiento humanitario de los que rechazan el fundamentalismo islámico hay una hipocresía notable. A más culpa más transgresión, y, desde luego, el placer perverso del goce separa a unas sociedades que envidian el goce de otras determinando el rechazo del multiculturalismo. En ese sentido, una de las tesis que se esgrimen es que ese humanismo universalista que siente compasión por los refugiados encubre formas de racismo moderadas en las que nunca se es suficientemente tolerante con el extranjero. Al mismo tiempo, olvida que el fundamentalismo también es cristiano o judío. Y que las causas del conflicto están relacionadas con el capitalismo global que ha dejado fuera del sistema a tres cuartas partes de la humanidad. Peor todavía, es la dinámica del capital la que ha causado los conflictos en África y el Medio Oriente, que ahora se significan como centros de expulsión de migrantes hacia Europa. Por eso, se debe comenzar con la

denuncia de los tabúes clásicos. Luego, reconocer la dimensión perversa del envés de las religiones y del liberalismo laico (que es radical o moderadamente racista). Analizar la economía de los refugiados y el negocio que supone su existencia, pues incluso es toda una industria que nadie sabe quién sostiene (reclutarlos, darles balsas, recogerlos, llevarlos, distribuirlos; eso cuesta mucho dinero, y luego esos refugiados trabajan por centavos en maquilas chinas cerca de Florencia, por ejemplo). Es la lucha de clases el principio estructurador en sentido althusseriano el que determina los antagonismos entre blancos conservadores y blancos ricos liberales, o entre países desarrollados y países expulsores de migrantes, que, como México, exportan la mercancía de sus braceros que son libres para trabajar donde se les necesita sin libertad de movimiento (y ahora son el enemigo de fuera que separa a los estadounidenses de lo Otro; ergo, deportables a cambio de la unidad de América). Identifica la amenaza como exterior cuando su origen es interno, pues los antagonismos existen en los propios países entre clases medias en crisis, pobres desempleados y élites acomodadas que ven en el extranjero lo que adentro ya ocurre con la identificación simbólica de las minorías y parias que son tratados igual que esos extranjeros. Es preciso, además, preguntarse por lo que significa hoy Europa y por sus posibilidades.

En cuanto a los tabúes de la izquierda liberal, Zizek identifica los siguientes: el primer tabú es pensar que el enemigo es alguien cuya historia no se ha escuchado. Es el caso de Frankenstein. Mary Shelley presenta un monstruo que espanta, pero cuando se escucha su historia, lo único que desea es que se le escuche, que cuente, y al hablar deja saber que solamente quiere que lo amen. De la misma forma, habría que escuchar a Hitler y quizá ver los motivos que desde su historia lo condujeron a matar judíos. Pero diga lo que diga Hitler, sus actos son imperdonables, moralmente inaceptables, así explicase que solamente reaccionaba a sus traumas de soldado del frente en la Primera Guerra Mundial o que pensaba seriamente que la pobreza de Alemania era causada por judíos codiciosos (siguiendo la ideología que describe a los judíos con significantes clásicos: raro-ritualista-usurero-sionista). El segundo tabú de la izquierda es considerar el imperialismo europeo como causante de los males del Medio Oriente y África. Pensar que los valores europeos son eurocéntricos olvida que es el capitalismo global, que además es europeo, chino, indonesio, americano, el que segrega a tres cuartas partes de la humanidad, donde hay países que quieren mimetizarse con las formas capitalistas. Hoy, el capitalismo se adapta a cualquier sistema político y a todas las religiones.

RESEÑAS

Otro tabú es pensar que nuestro modo de vida europeo occidental es racista. Los izquierdistas liberales dicen que Europa, en aras a preservar su modo de vida, ha girado a una derecha racista que ahora vemos en Suecia, Austria y pronto en Francia. Pero no ven que la protección de nuestro modo de vida es la que ha hecho recrudecer las políticas antiinmigración. Es tiempo de que pensemos que la apertura a la inmigración enriquece el modo de vida, y que su protección es justamente la apertura en la que el inmigrado tiene que identificarse con las formas occidentales a las que llega. El sistema antiinmigración es una amenaza mayor que todos los inmigrantes juntos. Dicen los izquierdistas que cualquier crítica al islam es islamofobia, y ese es otro tabú. Se olvida que muchos países islámicos son capitalistas, no reciben inmigrantes, colaboran con Occidente y son modernos, como Catar, Emiratos Árabes Unidos, Arabia Saudita, Kuwait. No es cierto que el islam se oponga al capitalismo. Otro tabú es pensar que la religión politizada es racista, considerando a los islamistas como fanáticos premodernos. El Corán permite que en la vida privada cada quien crea lo que desee, que es diferente a que lo predique públicamente. En ese sentido, los países islámicos defienden una religión que permite la libertad interior de pensamiento. Por costumbre y cultura, los islamistas se comportan de acuerdo con las reglas sociales de tradiciones que nos parecen premodernas. También entre los judíos se dan conductas de este tenor. Zizek narra que un fin de semana de junio de 2015, cuando los homosexuales de Nueva York celebraban en público su gran victoria por la legalización del matrimonio gay, los opositores habían organizado manifestaciones contestatarias. El Comité Judío de Acción Política contrató mexicanos disfrazados de judíos para que protestaran en defensa del judaísmo como expresión que rechaza la homosexualidad. Los rabinos dijeron que lo habían hecho para evitar que sus jóvenes vieran a los homosexuales en las calles, pues podría dañar su moral, y seguramente esos muchachos estaban en la calle contoneándose al lado de los gays. Muchos judíos que no creen en Dios creen, empero, que la tierra prometida por Dios es de ellos, que son inteligentes y tienen razón. El fundamentalismo no es necesariamente islámico. Hoy, los defensores de los musulmanes en Europa son los ateos liberales, que promueven la tolerancia. Son esos liberales los que permitieron que las caricaturas de Mahoma se publicaran en los medios impresos para defender la libertad de expresión, y contra ellos fueron los fundamentalistas, que no fueron todos los musulmanes establecidos en Francia.

No podemos olvidar que el fundamentalismo también es cristiano, católico. Los casos de pederastia en la Iglesia católica se encubren para proteger a

la misma Iglesia. La censura contra los pederastas no implica que los mismos miembros de la Iglesia denuncien a los sacerdotes que saben que son pederastas, sino que más bien se callan. De la misma forma, cuando los musulmanes no se integran cometen delitos contra las mujeres. (En el caso Róterdam, entre 1997 y 2013, 1400 niñas fueron explotadas y violadas por bandas pakistaníes. La izquierda dijo que esos “asiáticos” seguían sus “costumbres” y recalcaban la superioridad que tienen los hombres sobre las mujeres en esa cultura, en lugar de juzgarlos simplemente como criminales.) Los sucesos de Róterdam y la pedofilia son actividades colectivas y ritualizadas, y se refieren a la violencia sistemática contra las mujeres. Las muertas de Juárez, en México, colectivizan acciones machistas contra mujeres que se quieren emancipar. Así, la brutalidad no es meramente islámica.

Hay que recordar que la violencia tiene dos sentidos: la que se dirige hacia una meta y la violencia por sí misma. Es el caso de la llamada “violencia divina”, en la que, siguiendo a Benjamin, se muestra un colectivo violento que solamente expresa enojo sin emprender una lucha organizada con fines específicos. Ese fue el caso de los negros de Ferguson que salieron a protestar contra el racismo de policías blancos que habían asesinado a un adolescente negro, o las protestas de los musulmanes en París, que incendiaron coches, en 2005, mientras Sarkozy los calificaba de escoria. Esos musulmanes atacaron propiedades de su propia comunidad porque su violencia era ira sin orden, una expresión con un afán de reconocimiento sin fin utópico ulterior. La máxima kantiana de que nunca debiera haber violencia no es generalizable a casos en los que estalla sin ningún fin una ira que ningún sociólogo podría explicar. Nada se puede hacer cuando las condiciones previas crean o configuran una expresión violenta que no hace falta interpretar. Que los palestinos maten judíos con cuchillos es una situación de violencia divina que no tiene nada de noble ni sublime, ni tampoco emancipa a nadie ni persigue un fin utópico; es solo ira que se detona por la injusticia vivida. Violencia pura. Pero hay razones de tanto encono en todos lados. Zizek las encuentra en la economía política de los refugiados. Con dos ejemplos se entiende su argumento. El desorden mundial actual es el Nuevo Orden que tanto Estados Unidos como Europa y Rusia han propiciado. La intervención europea en Libia sumió ese país en el caos, pero Gadafi controlaba ese muro que impedía el paso de inmigrantes a Europa. La intervención de Estados Unidos en Irak creó las condiciones para el surgimiento del Estado Islámico. En la República Centroafricana se enfrentan el sur cristiano y el norte musulmán, pero detrás de esa guerra está

RESEÑAS

la causa: fue provocada por las potencias de Occidente al encontrar petróleo en el norte. Francia apoya a los musulmanes y China a los cristianos, pero de eso no se habla. Bill Clinton confesó, en el Día Mundial de la Alimentación declarado por la Organización de las Naciones Unidas, según informó Associated Press el 23 de octubre de 2008: “La fastidiamos, todos la fastidiamos, incluido yo cuando era presidente”, pues el proyecto era sacar a los campesinos de sus tierras, apoyar a las grandes corporaciones, tratar los alimentos como mercancías, abandonar los subsidios para dejar todo al juego del mercado, y así las mejores tierras fueron para cultivos de exportación. El resultado fue que millones de campesinos se quedaron sin tierra y emigraron, como los mexicanos que se van a los Estados Unidos. Y las hambrunas en Haití y Etiopía. Casi todos los refugiados provienen de Estados fracasados en los que se ve la mano de Europa y Estados Unidos. Las empresas extranjeras de alta tecnología saquean materias primas, mecanizan procesos, empobrecen a obreros y campesinos, y eso produce enfrentamientos entre etnias de África y migrantes en países pobres.

Por otro lado, las guerras culturales separan unas culturas de otras. El modo como goza una cultura no es el de otra, y entre las culturas hay choques. El mito del multiculturalismo, el humanismo, no hace sino encubrir la brecha que separa a unos de otros. Los refugiados en Calais quieren ir al Reino Unido, los que están en Italia quieren ir a Suecia o Noruega, porque se inventan su goce en espacios que no existen. Mientras, los países invadidos reaccionan exigiendo que los intrusos regresen a sus países de origen, de los que huyen por el hambre y la miseria y la violencia que los mismos occidentales han causado. Ahora, los mexicanos deben volver a su país. Pero los indígenas, ¿adónde irán? Las políticas antiinmigración se afianzan en el populismo nacionalista conservador que líderes de guiñol ofrecen a los blancos pobres, subempleados o desempleados, con el objeto de culpar al Otro del antagonismo que hay adentro de los propios países expulsores de gente. Unos acumulan las ganancias en Wall Street, y a los millones de granjeros blancos se les dice que hay que expulsar a mexicanos y chinos. Pero no se dice que la lucha de clases interna es la causa de su pobreza. A Bernie Sanders se le criticaba que fuera a hablar con esos conservadores granjeros blancos republicanos para tratar de unirlos a todos, porque la izquierda crítica justifica el antagonismo que en la teoría quiere resolver. El origen del problema no es que la democracia esté amenazada por los extranjeros, que efectivamente no se adaptan del todo a los valores democráticos. El origen está en la propia identidad europea. Hay una crisis

capitalista global, financiera, social. Los mismos europeos segregaban a Grecia y España. La Unión Europea justificaba su unidad al luchar contra la inmigración, sin ver hacia adentro las escisiones de clases, la separación entre las economías, los populismos de derecha que quieren romper esa misma unión por razones económicas. El racismo de ricos contra pobres, el rechazo al prójimo como ese Otro pobre con quien nada tiene que ver el rico, sostiene y preserva una lucha de clases en la que millones viven mal gracias a élites que tienen todo. El Otro es alguien cuyo modo de vida nos molesta, por eso el apotegma “ama a tu prójimo como a ti mismo” realmente significa “aléjalo lo suficiente para tolerarlo”. Y en el caso de los inmigrantes, aléjalos más. La lucha de clases interna explica el rechazo al inmigrante, al refugiado. Y a la vez, el terror es una expresión ideológica de grupos armados, con dinero, que movilizan parias que hacen estallar bombas y adeptos que se sacrifican. De los guetos pobres van a los centros del glamour a recordar que hay lucha de clases. El Estado Islámico no es una organización sin recursos. Sus crímenes se aprovechan de tres elementos: las intervenciones occidentales que lo crearon, la lucha de clases del capitalismo global y los sistemas de exclusión de los países que ven en el Otro al enemigo. Así, la guerra no tiene fin.

Libro polémico, lacaniano, dialéctico, poco esperanzador, del filósofo esloveno de aguda mirada.

JOSÉ MANUEL OROZCO GARIBAY
Departamento Académico de Estudios Generales, ITAM